

Historia del santuario de Nuestra Señora de Copacabana (1653)*

Fray Antonio de la Calancha O.S.A.

Resumen:

Fragmento de la Crónica Moralizada de los agustinos del Perú que relata la tradición del origen de la imagen de la virgen de Copacabana, tallada por Francisco Tito Yupanqui.

Palabras clave: Virgen de Copacabana, Francisco Tito Yupanqui, imagen, Potosí.

Abstract:

This is an excerpt of the Moralized Chronicle of Augustinians in Peru that narrates the tradition of the origin of the image of the Copacabana Virgin, engraved by Francisco Tito Yupanqui.

Key words: Copacabana Virgin, image, Francisco Tito Yupanqui, Potosí

* Capítulos VII y VIII de la "Corónica Moralizada de la Provincia del Perú del Orden de San Agustín Nuestro Padre" (Tomo segundo).

Noticia previa

Antonio de la Calancha (1584–1654) es autor de la *Coronica Moralizada de la Provincia del Perú del Orden de San Agustín Nvestro Padre. Tomo Segundo. Lima, por Jorge Lopez de Herrera, Impressor de Libros. Año de 1653*. Calancha, criollo altoperuano, nació en La Plata (Charcas) en el año 1584. Ingresó al convento de la Orden agustina en su ciudad natal y luego continuó su formación religiosa y estudios teológicos en el Perú. Hizo su noviciado en Arequipa y luego se trasladó a Lima. Se graduó como Doctor en Teología en la Universidad de San Marcos de Lima.

Ya de sacerdote y con responsabilidades en el gobierno de la provincia agustina en el virreinato del Perú visita dos veces todas las comunidades agustinas. Por tanto, el padre Calancha ha tenido que estar en el convento del Santuario de Copacabana, por lo menos dos veces, sino más¹. Es considerado el primer cronista criollo de su Orden en el Nuevo Mundo, que no sólo informa sobre las acciones misioneras de sus cofrades sino también sobre numerosas tradiciones, supersticiones, cultos y mitos nativos.

Antonio de la Calancha dedicó tiempo, esfuerzos y mucha devoción al tema de la Virgen de Copacabana, de ahí que el “Primer libro” de su obra “Coronica moralizada... Tomo Segvndo”, lo titula “Historia del Santuario e Imagen de Ntra. Sra. de Copacabana”. En la opinión de Hans van den Berg, este libro es “hasta cierto punto una reedición ampliada del segundo libro de Alonso Ramos Gavilán²”.

Cabe repetir lo que varios estudiosos señalan como una de las razones por las que para Calancha la virgen de Copacabana fue tan importante en su vida; y es que la mamita de Copacabana había obrado un milagro en su vida: le curó de una grave enfermedad que sufrió entre el 21 y el 28 de octubre de 1627. Al finalizar una plática a unas monjas, le vino un insoportable dolor de cabeza que parecía hacerle perder el juicio. Calancha escribe: “me dio tal aire que me debió resfriar el cerebro o pasmar la cabeza”. Las monjas recurrieron a oraciones y le enviaron “una medida de nuestra Señora de Copacabana” que el fraile se puso en la cabeza. Apretando con la mano suplicó a la Virgen su sanación, “y al mismo instante y punto me levanté de la silla sano y bueno”, dice Calancha.

En 1941, la revista *Kollasuyo* ve oportuno dar a conocer la “Historia del Santuario de Nuestra Señora de Copacabana”, en la sección “Los escritores del pasado”. Lamentablemente el o los editores no tuvieron el cuidado de indicar la

1 Según Berg (2003: 37), Calancha estuvo en varias oportunidades en el Santuario de Copacabana.

2 En el libro de Ramos lleva por título “Libro Segundo. Del célebre santuario de la santa imagen de Nuestra Señora de Copacabana, donde se refieren sus milagros y maravillas”.

fuelle de donde la tomaron³. Publicar de nuevo este relato cobra importancia porque no es tan fácil el acceso a la obra de Antonio de la Calancha, especialmente su “Tomo Segvndo”.

El relato de la historia del origen de la imagen de la Virgen de Copacabana que nos propone Antonio de la Calancha es sugerente. Tal vez lo más importante son los comentarios propios del mismo agustino. Se debe señalar que Calancha advierte sobre las fuentes de su relato histórico: por una parte está la relación escrita que había dejado Francisco Tito Yupanqui; por otra, la historia publicada por Alonso Ramos Gavilán; y en tercer lugar, las adiciones de Calancha que introduce como contribución propia (por ejemplo, el recurso de argumentación a base de referencias bíblicas o de autores antiguos “graves”).

Los acontecimientos se inician con el primer “feo, tosco y desproporcionado bulto” del entallador indígena, en la iglesia de Copacabana. Yupanqui había conseguido permiso del cura Antonio de Almeida para colocar la imagen a un lado del altar; posteriormente, otro cura, el Bachiller Antonio de Montoro, saca el bulto fuera de la iglesia. La historia continúa en Potosí para finalizar con la entrada triunfante al Santuario de una hermosa imagen de la Virgen, entre trigueña y pardo. Una imagen que a los ojos devotos aparece, unas veces pálida con mil gracias, encendida con donaires, parece que llora, parece que ríe, pero “siempre parece un cielo y toda es maravilla”. Este acontecimiento se produjo un dos de febrero de 1583.

La “Descripción y relación de la ciudad de La Paz” de 1586, documento publicado en esta misma revista, hace referencia a “muchos milagros” por una imagen de Nuestra Señora desde mediados de 1584 y que están tomados por testimonio auténtico. Uno de éstos es uno de los primeros que realizó la Virgen de Copacabana, aunque Ramos Gavilán lo desconoce o sencillamente no lo comenta.

Según la tradición de los milagros, recogida y comunicada por Ramos, el primer milagro de la Virgen de Copacabana fue con el niño Jesús en sus brazos. El niño estaba muy levantado sobre el pecho de la Madre, de manera que al colocársele una corona quedaba cubierta gran parte del rostro de la Virgen. El cura Montoro exigió al entallador una inmediata solución al caso. Tito Yupanqui estaba muy afligido, pero había decidido reparar la posición del niño, y solicitó bajar la imagen del altar. Pero entonces ocurrió el milagro: “hallaron al niño reclinado, y como desviado de la suerte que está el día de hoy, sobre brazo izquierdo de la Madre, y también puesto, que en ninguna manera estorba la vista del virginal y materno rostro”(Ramos, 1972:129).

3 La fuente es el libro publicado por la Biblioteca Boliviana N°1. Publicaciones del Ministerio de Educación Bellas Artes y Asuntos Indígenas “Crónica moralizada”. (páginas selectas). La Paz, 1939: 190-224. Por ello aquí recurrimos al texto original.

Referencias

1. **Berg**, Hans van den. “Los milagros de la virgen de Copacabana en las obras de los agustinos Alonso Ramos Gavilán y Antonio de la Calancha”. En: *Anuario de la Academia Boliviana de Historia Eclesiástica*. Cochabamba, 8, 2002. 2003: 33-68.
2. ----- “La relación de Francisco Tito Yupanqui y las creaciones de su personalidad en el siglo XVII” (artículo a publicarse en el Anuario de la Academia Boliviana de Historia Eclesiástica, N° 17. en preparación).
3. **Calancha**, Antonio de la. *Corónica Moralizada de la Provincia del Perv del Orden de San Agvstin NvestroPadre*. Tomo Segvndo. Lima, por Jorge López de Herrera, Impresor de Libros. Año de 1653.
4. **Claros Arispe**, Edwin. “Tunupa–Apóstol. Encuentros y desencuentros entre el discurso mítico y el discurso teológico”. Antología de textos. Tesis de Licenciatura, Cochabamba, UCB, 1986..
5. **Espinoza Soriano**, Waldemar. “Alonso Ramos Gavilán. Vida y obra del cronista de Copacabana”. En: *Historia y Cultura* [Lima], N° 6, 1972: 121-194.
6. **Ramos Gavilán**, Alonso. *Historia de Nuestra Señora de Copacabana*⁴. Segunda edición completa, según la impresión príncipe de 1621. La Paz, Cámara Nacional de Comercio, Cámara Nacional de Industrias, 1976.

Dr. Edwin Claros Arispe

4 Esta denominación no tiene correspondencia con el título original.

Historia del santuario de Nuestra Señora de Copacabana

(...)¹ Bajó del cielo en el deseo de un indio noble, sangre de los Ingas reyes, llamado D. Francisco Titu Yupangui, el ver en la Iglesia de su pueblo un bulto de la Virgen. No tenían con qué comprarlo, y dio en querer hacer de barro un bulto a su amada Señora; dándole ánimo no el saber de aquel arte, sino el impulso que hacía entallador al deseo, y su devoción, pintura al retrato, Acabóle de una vara, y aunque feo, tosco y desproporcionado bulto, le puso a un lado del altar, y consintióle poner el cura Antonio de Almeida, o por consolar al indio, o porque entonces había en el Perú pocos bultos. Los cuerdos pedían se quitase del altar, porque era causa de irrisión, y los indevotos tenían materia de qué triscar. El indio sufría los baldones y lloraba el no saber de pintura y no tener caudal para comprar el bulto que deseaba. (Dejó escrito este indio los sucesos que tuvo con su imagen y así, añadiendo yo a la relación del Padre Fray Alonso Ramos lo que el indio declara quedará la relación entera, si bien este autor las pone ambas divididas). Allí estuvo año y medio, hasta que entró otro cura, el bachiller Antonio de Montoro. Viendo el nuevo doctrinante lo feo del bulto, y que era más para dar risa que para causar devoción, dice el indio que, echándolo a él noramala, porque lo defendía, envió el bulto fuera de la iglesia, y púsose en un rincón de la sacristía. Corrido D. Francisco de ver su obra excluida, y deseoso de hacer una imagen de la Virgen, trató de ser pintor, y fué a Potosí con un hermano suyo D. Felipe de León; allí los puso con maestro D. Alonso Viracocha Inga su cacique, que a lasazón estaba en Potosí, donde se quedaron aprendices, y D. Alonso se volvió a Copacabana a dar razón de las cosas que en materia de indios estaban a su cargo, y a ver si ablandaban los Urinsayas en su tema.

Don Alonso Viracocha Inga, pasado algún tiempo, volvió (por ser gobernador de los Anansayas) a la villa de Potosí, y llevó consigo a don Pablo su hermano. Hallaron a D. Francisco Titu Yupangui, deudo suyo, que sabía poco más que aprendiz primerizo en pintar, si bien ansioso por obrar antes de aprender. Había comenzado otro bulto, casi como el primero, que para la maravilla que Dios iba disponiendo, convenía que no se adelantase en el arte por más que creciese a las ganas, porque quien le vio la devoción quería ser el pincel. Allí trataron los tres de su nueva cofradía, y de lo que en el caso debían hacer para conseguir su efecto, sin que la contradicción de los Urinsayas les fuese estorbo. Díjole don Francisco Titu cómo tenía comenzado un bulto de talla entera para una imagen de la Candelaria, el cual pretendía acabar, porque demás de la inclinación natural que le llevaba a saber de aquel arte, tenía hecha promesa

1 Del Capítulo VII (Refiérense los medios que escogió la Virgen para poner en Copacabana el retrato de su imagen y el banco de sus milagros)

de dar a su pueblo una imagen de la Virgen que fuese de su mano, aunque en la demanda gastase plata y tiempo, sin que el ser aprendiz le achicase el ánimo, y que para negociar favor de la Virgen había interpuesto oraciones y ayunos, pidiendo gracia para acertar en la imagen, y con este deseo había visitado las iglesias y registrado altares. Concertáronse los tres y volvieron a visitar los conventos. En el de Santo Domingo hallaron una imagen de la Candelaria; miróla y remiróla cada uno, porque se les quedase en la idea aquel retrato para después, conforme al prototipo, sacar a luz su deseada obra, porque la hecha no era a propósito. Los tres hicieron otro molde, que dejándole acabado de noche, le hallaron quebrado por la mañana. Sucedióles esto tres o cuatro veces. Si no era contradicción del demonio, era probar su devoción el cielo, para que conociesen los españoles los deseos y devoción que obraba en los recién convertidos la gracia: y reprender con estos ardores de indios los resfríos de sus eclesiásticos. El devoto indio lloraba su insuficiencia, afligíale la dificultad, animábale el deseo, consolábale la esperanza, y a todo recurría con lágrimas a la Madre de Dios. Dice que mandó decir una Misa a la Santísima Trinidad para que le alumbrase y favoreciese. Crecía a varas su deseo, y no medraba dos dedos en el arte. Comenzó el último bulto, que es el milagroso, a 4 de junio del año 1582. Hízole de maguey (varas que cría esta tierra más gruesa que el molledo, muy largas, y es madera más liviana que el corcho). Fue uniendo los trozos con pasta negra; sacóle sin arte, como aprendiz. El rostro de la Virgen no era ni razonable ni devoto, burda la obra, y todo mal aliñado. Enamoróse el indio de su hechura, pareciéndole que ya tenía imagen su pueblo, y su devoción quietud. Trataron él y su gobernador de ir a Chuquisaca a negociar licencia para fundar en Copacabana la cofradía; fuéronse al obispo, que lo era don Alonso Granero, prelado piadoso y amparo de indios. Esto no era lo que más les animaba, sino unos ardores ocultos que la Virgen les encendía por pagarles los primeros deseos. En oyendo la demanda un criado del obispo, los desanimó diciendo que el obispo su señor no daba tales licencias, ni las concedería sino con dificultad, y que no llevasen adelante aquel propósito, si no tenían renta para la cofradía; y todo era por sacarles algo en pago de algunas esperanzas que les dio. Atajados y con turbación quedaron los indios, y casi resueltos en desistir de su demanda. Veíanse pobres, fuera de su patria, y sin protector, mas como la Virgen lo era, y tenían dispuestos los medios para que no se impidiese con dificultades, proveyó de un sacerdote de buena intención que les facilitó la licencia, y dio la orden que habían de tener en pedir la súplica.

Parecióle a don Francisco que, llevando con su petición una imagen en lienzo de su mano, alcanzarían del obispo no sólo la licencia para la cofradía, pero otra que él pretendía en particular para poder libremente pintar y entallar imágenes; lo cual le salió muy al revés, porque así el obispo como los demás que veían la obra de aquel simple y nuevo pintor, la reían mucho, satirizándole todos. Y refiere don Francisco que el obispo le decía que pintase monas y no imágenes,

y dejase el pintarlas para españoles maestros. Viéndose el escultor tan baldonado de todos, salió encomendándose a la Virgen, creciendo en los deseos al peso de los baldones. Mostraba el bulto a otros de inferior estado por ver si alguno le consolaba; y por más que pretendían disimular la risa, manifestaban la burla. Estuvo en notable conflicto, considerando la befa que de la imagen hacían cuantos la miraban, y la crítica que del bulto que dejó en Potosí hicieron los que le habían visto. Ninguno de estos vaivenes y menosprecios desmayó el pecho del devoto indio, antes, a lo que él dice, se sentía más inflamado.

Estos efectos, sin duda, se fundieron en aquel honor que vio San Juan, sobre el cual estaba nuestro Redentor con pies semejantes al auricalco. A todos parecerán estos pies pobres y aun encontrada la semejanza si no encerrara soberano misterio. El auricalco es el latón, bronce o cobre. El auricalco es el latón, bronce o cobre; metal que si se parece al oro noble, tiene propiedades de cosa baja. Si acabado de limpiar brilla, muestra visos de oro, por momentos los va perdiendo, y se va anublando. Si engaña a la vista su color dorado, en manoseándolo deja un olor nocivo. En él se ven las propiedades del hipócrita, como dice Berchorio: son duros, son indevotos, son pecadores, y por el aparente color de la modestia o virtud, parecen oro rico; siendo infame cobre, parecen santos siendo inicuos. Oyesme, hipócrita, dice San Crisóstomo, *Hypocrita, aut appare quod es, aut esto quod appares*: o muestra lo que eres, o seas lo que muestras. Siendo esto así, ¿por qué hace Cristo reseña de tener pies de cobre cuando su esposa dice que los vio de oro? El misterio está claro; sus pies significan (dice la Glosa, San Agustín, Beda y Primasio) los fieles. Estos, como le sucede al cobre, mientras están más y más en el fuego de las tribulaciones y en el horno de las fatigas, resplandecen y se purifican más y más en sus deseos, en la fortaleza y en las tribulaciones; y quiere nuestro Redentor significar éstos en el cobre, metal abatido y bajo, porque donde más se muestra la valentía de su gracia es en los pobres humildes, que padecen con longanimidad oprobios, y en los incapaces desvalidos, que llevan por su amor los trabajos. Éstos, en el horno, que tiene el mundo para persecuciones, están lejos de ser hipócritas, que siendo oro excelente por sus virtudes, parecen cobre bajo el juicio de quien los mira. Que por esto no dijo el evangelista que los pies de Cristo eran de cobre, sino que parecían de cobre; y por eso dijo la esposa que estos pies eran de oro, y no dijo que se parecían al oro. Porque los santos son, a la verdad, oro fino, y a la apariencia, cobre bajo. Que cuanto tiene de bueno encubrir las virtudes, tiene de malo fingir santidades. Sucédeles lo que dijo Cicerón: “Estará vendiendo oro uno que no es malicioso, sino de corazón sano, y dice: ¿Hay quién me compre este cobre? Por ventura (pregunta Cicerón) ¿habrá algún buen hombre, alguno tan sin codicia, que le diga: Mira que lo que te parece cobre, es oro



fino? Lo primero tienen los que sirven a Dios, que siendo oro cuanto venden, lo tienen como humildes por cobre; y lo segundo usan los mundanos, pues aunque les parezca oro lo que el virtuoso, le vende por cobre, no solo le dice que no es oro, pero o lo compra por cobre, o publica que es cobre, y no oro. Oh resabios de la malicia, y cuántos monipodios hacéis contra la inocencia.

Este indio don Francisco entró en este horno desde que tuvo el primer impulso, pues enamorado de la devoción a la Virgen, formó sin saber el arte, una y cuatro veces el bulto. Cada trabajo, cada fatiga, así de las que hemos visto como de las que adelante veremos, le encendía más y más los deseos y le daba más ardores la de devoción. Parecía, por desvalido y pobre, metal bajo a los ojos del mundo y era, por su fe y afectos, a los ojos de Dios oro rico. Mientras más padecía más se acrisolaba. Con semejantes pies se honra de andar Cristo; de éstos hace gala, con éstos sale a fiestas.

La fortaleza de este indio y su perseverancia prueba que no eran veleidades las suyas, sino tesones santos, pues, como dijo Séneca, nada simulado, nada fingido puede ser diuturno ni fue permanente, y Dios sufrirá cien mil pecados años muchos, y no le sufre su verdad que deje permanecer lo que sólo se hace por fingir. Yo llamé, dice por Isaías, al matador para que haga añicos todos los vasos hechizos, todos los vasos fingidos. Pues, para eso era menester matador, no teniendo alma los vasos? Sí; que habla de los que fingiendo devoción, muestran ser vasos de oro, de que se servía Dios en su templo. Comenzaban obras que prometían permanencias, y eran de vil barro hechos por la ambición o por la codicia, olleros de hipocresía. Este indio mostró tesones de justo y valentías de verdadero devoto.



Dejen que ahora se menosprecie su obra, que presto veremos lo que vale en la parte donde Dios la tiene dedicada, que aun en esto se pare a lo que dice la letra griega, que lee: Chalco Líbano: mixtura de incienso y cobre, como explica Pannonio, y por esto llama la Glosa al horno auricalco del Líbano. Parecieronse los trabajos, que en su muerte padeció Cristo, en la fortaleza y perseverancia, al cobre y bronce; y el olor de soberana fragancia, al incienso del Líbano. Incienso, y en honor de sahumero, era para que diese suave olor a todo el mundo y fragancia suavísima a los cielos.

Afligido, lloroso y desdeñado dejamos a nuestro don Francisco, pero recurrió a Dios y a su Madre, y acompañando a la promesa oraciones y ayunos, enviaba ordinarios ruegos al cielo, pidiendo a Madre y a hijo, a vueltas de humildes suspiros, facilitase en él lo que por ser indio rudo imposibilitaban a los españoles. Eran, pues, tan encendidas las lágrimas de nuestro escultor, nacidas de santo deseo, que abrasaron el pecho de Dios, y le obligaron a condescender con la

súplica del indio aprendiz. No ha sido tan celebrado el más insigne del arte, ni tan famoso el mejor pincel, como lo fue este indio, por haber hecho la imagen portentosa de Copacabana, formando Dios con sus manos y buril lo que faltó al indio en el arte: pincel; pues para acabar el mismo Dios la obra escogió pintor ignorante, negando este nombre y fama a los más únicos oficiales, porque si ellos echaran el resto en sacar este bulto acabadísimo, pensara el mundo que lo humano negociaba las devociones, y no quiso Dios sino que se viese que lo milagroso atraía las almas. Después hizo el de Nuestra Señora de Pucarani, de quien, ya dijimos mucho.

Visto pues por el escultor bisoño cuán vanos le habían salido hasta allí sus deseos y cuán sin posesión sus esperanzas, determinó salir de la ciudad de La Plata y dar la vuelta a Potosí, donde tenía el bulto. Quedáronse en la Plata don Alonso y don Pablo, diligenciando su cofradía. Detuviéronse algunos meses, tiempo en que don Francisco desbastó algo el bulto de la imagen. Resolvió sacarla de Potosí y venir con ella a la ciudad de Chuquiago, donde había de hacer alto, no queriendo llegar a su pueblo, que está de allí veinticuatro leguas, hasta mejorar su obra; pareciéndole no sería bien recibido y que antes sería mofado si no la llevaba puesta en perfección. Trató de dorarla porque, como le faltaban el oro, los follajes, y el esgrafiado, el bulto estaba feo y nada pulido; era más para desechar que para ver. Sacó de Potosí su imagen en compañía de algunos indios sus paisanos que le ayudaban a llevarla. Y si él pensó que mudando tierra mejoraría de fortuna, de su discurso se valió el cielo para ir acercando la ocasión, porque ya se iba madurando el fruto en el árbol de la eterna providencia.

Continuando, su viaje, llegó al pueblo de Hayohayo, donde pusieron el bulto en el zaguán de las casas del Cabildo. A la sazón estaba allí aposentado un Corregidor de Larecaja. Éste, entrando a recogerse, como viese el bulto a la puerta y en una manera de andas, pensando que era cuerpo muerto le dio un puntapié, riñendo a los indios porque le habían puesto allí y no en el cementerio o en alguna casa. Decíanle los indios que era imagen; él no entendía lo que en lengua de indiole plagueaban, y así con mucha cólera mandó que lo echasen fuera. Llegó un indio más ladino, que hablaba castellano, y dijo al Corregidor que era un bulto de la Virgen que llevaban a su pueblo. Él, para enterarse bien de la verdad, hizo traer lumbre y descubrió la imagen; postrose de rodillas, adoróla y por aquella noche la puso en lugar decente, bien confuso de lo que le había sucedido, sin saber lo que hacía. Otro día prosiguió don Francisco su viaje y llegó a la ciudad de Chuquiago, donde supo que estaba a la sazón un español llamado Vargas, dorando un retablo del convento del seráfico P. S. Francisco. Determinó quedarse con él, y aun servirle, esperando por paga, no interés, sino aprovechar en el arte y negociar con él le dorase la imagen. Como lo pensó, así lo hizo, y a pocos días le dio cuenta de los sucesos de su imagen y que su deseo era dorarla, trabajo que le pagaría con servicio y plata. Concertaron ir ambos. Fue al día siguiente a verla a casa de don Francisco, y él, desenvolviendo su

bulto para tenerle a punto cuando viniese el dorador, le halló (como otras veces le había sucedido en Potosí) medio quebrado, desecho, muy descompuesto y maltratado. Hizo extremos sin poder rastrear la causa de aquel daño; fue grande el disgusto que el afligido indio tuvo de esto, y estuvo cerca de dar de mano a su cuidado prolijo por ver que tan al revés le salía de su deseo. Tal vez le dirían que el quebrársele tantas veces era insinuar Dios que no quería servirse de sus obras, y no era sino probar su fe y mostrar a los más católicos que sabe obrar la gracia tesones con valor y perseverancia con afecto en los recién convertidos, para hacer ejemplar de que aprenden los más buenos.

Al fin, en nada descaeció la devoción de don Francisco, porque como aquella obra la trazaba el soberano artífice, que tan primorosamente labró el original, fácilmente dispuso el corazón del simple entallador a que a instancia del dorador volviese a su obra y soldase su quiebra. Trabajó a ratos en ella otros tres meses, y todo fue menester para volver al ser que antes tenía según estaba despedazada. Pretendió Dios destruir con el tesón de un indio humilde, sin fuerzas, ni favor, la arrogancia del demonio más arrogante que sus fuerzas, befa que le hizo Isaías. Que lo necio de la arrogancia no tiene lo más en pretender soberanías, sino en quererlas, sin que haya simbolización con las fuerzas y tránsito a la posibilidad. Quiso Dios desbaratar sus aras viles y dar en tierra con sus altares locos, que tan soberbios se levantaban en Copacabana contra el cielo, y poner en ella un retrato de su Madre, que sólo basta su sombra para poner en vergonzosa fuga los valentones del infierno. Quería que aquella selva y fiera de dragones fuese un agradable prado que, con su apacible vista, entretejido de diversas flores y acompañado de suaves fragancias, suspendiese los sentidos, y fiaba la imagen en las toscas manos de un inculto indio, a quien sólo disculpaba su fe simple y daba el valor su deseo devoto. Era todo enseñarnos que no hemos de buscar milagros, donde el importuno trabajo y continua diligencia es bastante para lo que se pretende, y que solo con un indio devoto de la Virgen sabe arrastrar valentías de Lucifer, monarquías de infidelidad, torres de falsa religión; castigándole con un indio sólo los daños, los homicidios, los engaños y adoraciones que introdujo en millares de indios. Esto tengo por sin duda y que, para comenzar Dios los milagros de esta imagen, quiso que fuese idiota el artífice, para que viéndola (como después la vemos) los que antes la vieron, dijese que sólo Dios le dio la forma, dejando a las manos y al deseo del indio la materia.

Quiere Dios que para hacer el propiciatorio, el tabernáculo y el arca, en que estaba el maná, la vara y la ley, no sea el oficial más científico que se halle en el mundo, de aquellos que aprendiendo el oficio de ensamblar o entallar, llegaron a ser primos en el arte, ni algún plebeyo de sangre baladí, sino un noble a quien Dios hiciese docto, siendo su gracia la que le enseñase la ciencia. “Oyes, Moisés, le dice, yo llamé por su nombre a Beseleel, hijo de Bel y nieto de Hur, de la tribu de Judá, para que haga mi tabernáculo y arca”. Este era de gran

autoridad y nobleza, que tenía el primer lugar después de Moisés y Aarón, y así fueron juntos a la guerra de Amalec. Eran concuñados, pues estaba casado (como dice Josefo y otros) con María su hermana. Dice Dios que llamó por su nombre a Beseleel, y si significa en ello ser hombre conocidísimo o ser varón santo, encierra otro misterio, pues pocos nombres propios dejan de tenerle en la Sagrada Escritura, como se ve en los doctores santos y en los evangelistas; y así Beseleel, como advierte Mario y la Glosa, quiere decir: el que está debajo de la sombra y protección de Dios. Que para obrar el tabernáculo y arca, ninguno pudo ser tan excelente oficial como el que estaba a la sombra y a la protección de Dios. Este Beseleel no sabía nada del arte, y dióle Dios ciencia, inteligencia y sabiduría, asistiendo en su alma el Espíritu Santo; y así (porque luciese el milagro y se atribuyese sólo a la gracia lo excelentísimo de la obra)

escogió a éste que no sabía de los rudimentos del arte; y quiso para hacer arca que figuraba a su Madre, que fuese noble y de la tribu de los reyes. ¿Cuál cotejo puede venir más ajustado para la fábrica de nuestra imagen, figura de la Virgen como el arca, tabernáculo y propiciatorio de Dios?

Para esta escogió, no el que fuese científico oficial, sino el que por su virtud fuese benemérito de la gracia y ciencia que le daría Dios; no indio plebeyo, sino de sangre real; que la fortuna, si abatió la persona de don Francisco, siempre la razón estimó la nobleza de la sangre: que lo real no pierde en el indio cuando no pierde en el árabe o en el moro. A este peruano Beseleel le dio el cielo el arte y destreza que bastó para que no se atribuyese al arte lo que era celestial, y le dio perseverancia la Virgen porque le tenía desde el primer impulso a la sombra de su protección.

Si fuera hábil nuestro escultor, podía atender a lo que personas de buen discurso le advertían o le vituperaban en la talla, para enmendarlo o añadirlo; con que fuera el

bulto mejor o subiera a razonable, pues según aquel gran pintor de quien habla Anónimo, y cita Manucio, preguntándole quién le había enseñado el arte, señaló con el dedo al pueblo, como diciendo: “Yo voy pintando al juicio de muchos, considero lo que el discreto alaba o lo que el científico vitupera, y así consigo lo cabal de la pintura; que se yerra poco cuando el consejo es de muchos”. Trabajó don Francisco en su imagen, y de esta última mano quedó mejorada la talla, tal que puso ganas de dorarla al español dorador. Trájola de noche al convento de san Francisco, púsola oculta en el taller y oficina del español dorador, y entrambos trabajaban de día en la obra del retablo, y hurtando de noche al sueño muchos ratos, los gastaban en dorar su imagen. Acabose de dorar, si bien nunca de perfeccionarse. Muy contento don Francisco de haber salido de su intento, dio por muy bien empleados sus ultrajes, y por premiados sus trabajos.



En este tiempo volvieron de la ciudad de La Plata don Alonso Viracocha Inga y don Pablo, su hermano; llegaron a la de La Paz, donde, viéndose con don Francisco hablaron: él del gozo que tenía viendo su imagen acabada, y ellos de haber ganado la licencia del obispo para fundar su cofradía; y que el obispo, por dar como pastor buen ejemplo y encender los demás ánimos a tan gran devoción, se había mandado escribir por primer cofrade y primer fundador, dando buena limosna; con que juzgaban estar muy honrada su cofradía. Estiman en mucho los indios cualquier favor del obispo, de justicia o de corregidor, y es que, como todos los menosprecian, con cualquier favor se animan. Manifestáronle la licencia y ordenanzas del obispo a don Francisco, selladas con su sello episcopal; y haciendo la cuenta de los días, hallaron que el conceder el obispo la licencia y acabarse la santa imagen había sido a un tiempo. Que las obras de Dios, aunque estén distantes, siempre maduran juntas y cumplen el plazo cuando conviene el efecto.

Bien le pareció a don Alonso la obra de la imagen, juzgando que la parcialidad de los Urinsayas no dudaría de recibirla, pues ya traía la licencia y las ordenanzas para la cofradía. Pasó a Copacabana con sus recaudos; puso en plática lo hecho tratando lo que se había de hacer, y que don Francisco tenía en Chuquiago una imagen muy a propósito, que no tendría más de costo que el oro que en dorarla se había gastado, cuya paga podía sacarse de la fábrica o limosna de la cofradía, porque lo quedaba debiendo, y no se hallaba con posible. En orden a esto encareció don Alonso lo que supo, alabando la hechura y ponderando lo que se había trabajado en alcanzar la licencia, con otras razones suficientes para que los Urinsayas sin réplica prestasen consentimiento. Mas, al cabo, todo sirvió de encender más los pechos de aquellos émulo tan contradictores, porque, aunque vieron en lo que era, que la cofradía se fundase, no consintieron en que la imagen fuese aquélla, instando con apretadas razones que no había de ser hechura de don Francisco, sino de español, que fuese excelente; o que se enviase a Lima o a España por una, porque no era justo que la primera que se fundaba en su pueblo tuviese imagen de quien en Potosí y en Chuquisaca hacían todos burla. Tanto prevaleció aquella confusa gritería, que don Alonso Viracocha se salió de aquel bárbaro cónclave, y luego escribió a don Francisco Yupangui lo que pasaba, y que le aconsejaba vendiese la hechura de su imagen y aprovechase del precio, porque los Urinsayas no querían ver obra suya. Enfadado de esta nueva, don Francisco determinó hacerlo así y suspender el cumplimiento de su promesa para tiempo más oportuno. ¡Qué mucho que desflaqueciese el ánimo de un indio y que enfermase el deseo de un devoto, viendo tajamares de imposibles después de haber pasado mares de dificultades!

Ya² quiere Dios abrir la caja y que comience el cielo, cuando combates de mundo estorban devociones. El Señor que cuidaba de esta imagen, o para pagar los afectos del devoto de su Madre, o para mostrar al mundo las grandezas de su magnificencia, comenzó a mostrar en la imagen sus maravillas; porque teniéndola en su celda en Chuquiago un religioso del seráfico padre san Francisco, llamado fr. Francisco Navarrete, gran siervo de Dios y hombre contemplativo, todas las veces que entraba en su recogimiento a deshoras, le deslumbraban unos rayos que salían de la santa imagen; y admirado decía al don Francisco y a otros indios: “No sé, hijos, qué es esto que veo en vuestra imagen, que me parece echa rayos de fuego o vierte celestiales luces. Comenzaba ya la santa imagen a obrar maravillas, y daba principio al cumplimiento de las bizarrías que de la Virgen dice San Cirilo, y ningunas anteriores a las de esta imagen deben tener prelación en la grandeza, si la han tenido en otros reinos en su antecendencia es dulce toda su homilía, pero al propósito nacieron para este lugar los siguientes encomios: “Salve, oh Madre santa de Dios, tesoro precioso del universo que enriquece el mundo; lámpara inextinguible que ofrece luces de gloria; corona de la virginidad, cual reina de las vírgenes; cetro de la doctrina santa en que estriba la verdadera ley; templo que ni se pudo desatar ni enemigo le pudo deshacer; lugar de Aquel que no cabe en lugar. Tu eres por quien la Trinidad Dios por todo el universo orbe se adora y glorifica, por quien los ángeles y arcángeles se alegran, por quien finalmente la inmensidad de criaturas ciegas en la locura de adorar ídolos falsos, vienen al conocimiento de la verdad del Dios verdadero”. Todas estas grandezas había de obrar en Copacabana y en varias provincias del Perú; ya comienza a dar resplandores de lámpara divina, y a buena cuenta que sean tales y tantos sus milagros, que la Trinidad se glorifique, los cielos y sus espíritus se alegren. Claro está que a las provincias que adoraban ídolos con impulsos locos, ha de predicar con milagros ya hacerles conocer la verdad con maravillas. Y se verá que aquella santa imagen tiene lo que añade San Cirilo, que por todo el mundo se fundarán iglesias, siendo ella por quien gentiles idolatras y pecadores católicos se reducirán a penitencia. ¿Acaso digo mucho? Echaré el resto, dice San Cirilo. “Esta Virgen es por quien el Unigénito Hijo de Dios resplandeció dando luces de fe, de gracia y gloria a los que en las tinieblas y sombras de la muerte vivían de asiento, y por quien Dios resucitaría a los muertos”. Presto lo veremos todo, y que a este nuevo mundo llenó de iglesias con título de Copacabana, y que con luz de fe alumbró a tantas naciones idólatras; veremos resucitados muertos a esta vida y convertidos pecadores grandes a la gracia.

Trató don Francisco, por consejo de don Alonso Viracocha, de vender la hechura de su imagen, bien triste de venderla, creciendo más la pena de sus an-

2 Capítulo VIII (Comienza ya la Virgen a hacer maravillas dando luces sobrenaturales. Entra con aplausos en Copacabana y dale Dios a la imagen hermosura milagrosa, pagando al corregidor con una merced maravillosa los servicios que le hizo, y colócase en Copacabana).

sias cuanto más repetían que echaba de su rostro resplandores. Ofreciéronse a comprarla y tuvieronla concertada los indios de Guaqui para su iglesia; hacían puja los de Calamarca, y muchas diligencias por quedar con ella los de Achacachi. ¿En qué se cansan si la tiene Dios dedicada para Copacabana? Entre estos pueblos hubo una devota controversia sobre quién había de llevar aquella prenda divina. Estas cosas vinieron a noticia de don Jerónimo Marañón, que a la sazón era corregidor de Omasuyo y del pueblo de Copacabana, y estaba en estos días en Chuquiago. Dio orden como ninguno de los conciertos pasase adelante, pues la imagen se había hecho para Copacabana, y porque el escultor don Francisco no tratase de la venta dio cuarenta pesos de limosna para ayuda a la costa, asegurando al dueño que él la haría admitir en su pueblo, pues estaba razonable y no tenían allá otra mejor hechura. También se halló a esta coyuntura en Chuquiago don Diego Churatopa, cabeza y gobernador de los contradictores Urinsayas. El cual, habiendo visto la santa imagen y la determinación de su corregidor, quiso traerla él mismo en persona a su dichoso pueblo de Copacabana; y sin embargo de que actualmente estaba ocupado en la ciudad, donde era alcalde de los naturales, aprestó diez indios, y en unas andas que para el efecto mandó hacer, puso la santa imagen; y así salieron con ella de la ciudad una venturosa mañana, llevando el alba consigo y el sol sobre sus hombros.

Ya la piedra que reprobaban los que edificaban se lleva por los mismos émulos para que ponga por remate del edificio. Corrió este bulto santo por los desmanes que Cristo su Hijo, de quien lo dijo David, y lo alegó el Redentor, pues los que reprobaban la piedra Cristo le hicieron piedra angular del edificio de su Iglesia. Caminan los diez indios; llegan al estrecho de Tiquina, donde hay dos lugarejos muy cortos de indios Uros, que recogen en medio de aquella estrechura, como ya dijimos, y sirven de balseros a los que por allí hacen viaje.

A esta sazón estaba en uno de los pueblos, que dista cinco leguas de Copacabana, el P. Antonio de Montoro, cura de estos pueblos, hombre experto en las dos lenguas quichua y aymara, con que hacía gran fruto en los naturales. Deseaba este buen sacerdote ver en su pueblo de Copacabana alguna devota imagen de la Virgen, pero favorecía el partido de los indios Urinsayas, queriendo que la imagen fuese tal que moviese a devoción los corazones de los que la viesan y atrajese las almas de los que la visitasen. Sabiendo don Diego de Churatopa, gobernador de los Urinsayas, que su cura estaba de esotra parte del estrecho, se entró en una balsa adelantándose, mandando poner en otra balsa la santa imagen. Llegó a donde estaba el cura, dióle cuenta de su viaje y de la imagen que traía. Significóle el gran gusto que debía tener, de que quedó el padre Montoro muy alegre. Llegó la balsa y, virando en tierra, sacaron la preciosa mercancía, no de las vistosas de Milán, sino el retrato de aquel brocado inestimable de que se cortó el vestido al Verbo eterno; aquel dechado de la margarita preciosa, por quien el divino mercader Cristo dio sus riquezas, ganando en la mercancía.

Descubrieron el bulto, adoró postrándose el padre Montoro a la que están siempre adorando los más supremos serafines. Hizo ponerla en el altar de la pequeña iglesia de San Pedro, donde quedó algunos días detenida. Culpable fue en este buen sacerdote esta vez dejar el tesoro escondido en el campo, sino es que la detención fuese por prevenir el debido recibimiento o el aderezo de altar a tan gran Señora. Si acaso se disculpó con esto, no lo comprobó el efecto, pues ni dispuso altar ni trató de llevarla desagradado de la escultura. Lo cierto fue que esto y la porfiada contradicción de los indios Urinsayas causó aquella enfadosa tardanza; o mejor diremos, que fue traza del cielo, para que quien viese la imagen después tan hermosísima, considerando que por poco hermosa no la admitían, conociesen la maravilla comprobando el milagro.

El afligido devoto don Francisco iba los más días a la iglesia a pedirle a nuestra Señora se sirviese de disponer que aquella imagen se trajese y colocase en el altar; y otros días iba el cortijo donde con a imagen estaba su corazón, pedíale que negociase con su Hijo que la sacase de aquel destierro o prisión y la llevase a pueblo grande, donde siendo conocida fuese festejada. Allí lloraba, allí besaba la tierra. En ir a la aldea donde la imagen estaba, y en venir a la iglesia donde debía de estar, se entretuvo don Francisco los días de la detención. ¡Oh, cuán bien se pareció en esto este indio devoto al santo David!; si éste era rey, don Francisco, de sangre real. Oímos, dice, hablar de ella en Efrata, y hallámosla en los campos de la selva; entrámonos en su aposento o tabernáculo y adoramos el suelo donde ha de poner los pies, como si ya lo hubiera pisado. Ea, Señora, ven ya con tu arca al aposento de tu descanso; allí veremos a Cristo, Mesías prometido. ¿Quién es aquella de quien oyó hablar en Efrata, que es lo mismo que decir Belén? ¿Qué ausento es este en que entraba David y en que adoraba la tierra que aquella debía pisar? ¿Quién es aquesta? Oigámoles explicar a nuestro santo Tomás de Villanueva: “Había revelado a David su encarnación en María que de él había de descender. Revelole que había de nacer en Belén, y que sería su nacimiento en aquella pequeña cóncava que estaba en el portal, y con esto entraba y salía David en él, y decía: ¿Ecce, ni veís, no oís? ¿Hemos oído en Belén o Efrata el nombre de aquella? ¿Quién es aquella? María; que no merecen mis labios nombrarla. Hallámosla en el campo de la selva, allí cerca de Belén, no con los ojos del cuerpo, sino con la profecía, que son los antojos de larga vista con que mira el alma. Cada rato me voy del monte Moria, donde ha de estar el templo y el arca, y a donde ha de entrar María y mi Dios, al portal de Belén, donde en más dichoso templo parirá el Arca al Mesías, al Verbo eterno, Hombre y Dios. Allí beso la tierra que han de pisar tal Madre



y tal Hijo, y digo que ya la pisaron, por la certidumbre que tengo de que ambos la pisarán. ¡Dichosos pasos!, ¿Dulces idas y venidas! Esto hacía nuestro don Francisco entallador; andarse de la iglesia donde estaba la imagen, a la iglesia donde había de estar, besando el suelo en que pondría sus plantas. Y tanto se honra Dios de tener un indio de Copacabana que haga esto, como un David en Jerusalén que haga aquello.

Viendo don Diego que no se hacía el agasajo que pensó de la imagen, se volvió del estrecho a la ciudad de Chuquiago. Algunos indios iban a ver la imagen al cortijo de San Pedro, y aunque los que la veían hablaban con alabanza de ella, no se podían persuadir los Urinsayas, émulos tenaces, que obra de Tito Yupangui tuviese tan adelantada enmienda como les decían, porque como habían visto la otra imagen o borrón (que tal parecía la que primero salió de sus manos, que, como dijimos, la quitaron del altar y la pusieron en un rincón de la sacristía) pensaban, o les daba a pensar su emulación, que siempre sería una la talla, pues era siempre uno el entallador. Que una voluntad encontrada no hace discursos de que con el tiempo y el ejercicio aprenden los que no sabían y se mejoran en el arte los que con trabajo aprenden.

Mucha era la tenacidad de los Urinsayas, pues habiendo traído su gobernador y cacique la imagen y siendo él que solicitaba su colocación, contradecían su entrada: que los indios negarán diez preceptos de Dios para venerar uno de sus caciques. Pero en esta ocasión se embraveció todo, y los arroyos se trocaron en mares. Ya se quedaba la imagen en la iglesia de San Pedro, pareciéndoles razonable para una aldehuela y no la que convenía para el pueblo principal. Era el Arca del Testamento nuevo el original de aquella estampa, y quiso Dios que, como la del Testamento viejo, pudiendo llegar en breves días desde los destierros donde se hizo la tierra de promisión, donde se había de colocar, la fue deteniendo tantos años; en cuyas detenciones se esconden soberanos misterios. Hacían estas demoras con esta arca de madera, y retrato de la celestial deífica, permitiendo Dios los desdenes que se han visto y el tibio agasajo con que la dejaron en una pobre aldehuela. Esto permitía Dios que hiciese el mundo para mostrar después lo que se adelantaba el cielo, o porque se contase de esta imagen, segunda arca, los pasos y jornadas que tuvo. Ya después de entrada en Palestina el arca que la figuraba, salió de manos de los filisteos, detúvose en Gabaa en casa de Abinadab, llévola David a la casa de geteo Obededón, donde estuvo tres meses detenida; sacóla David y vistiéndose el Ephod, acompañándole los grandes de Israel y haciendo generales júbilos con instrumentos la multitud, la puso David en el tabernáculo de Jerusalén. Lo que a esto corresponde, parte queda dicho, y lo demás con que todo ajusta, veremos ahora.

Acercóse la fiesta de Candelaria, a dos de febrero, y queriendo el corregidor don Jerónimo Marañón hallarse en ella, creyendo que en aquel día, por ser la advocación de la imagen, se haría la fiesta de su colocación, partió del pueblo de Achacachi un día antes de la fiesta de la Virgen. Llegó a Tiquina a hacer noche,

y hallando en aquel cortijo detenida o dejada tantos días a la Emperatriz de los cielos, mostró enojos de que no la hubiesen llevado a Copacabana. Pasó luego al pueblo, donde hizo singular escrutinio de la causa; y averiguando el estorbo de la venida de la santa imagen, halló que no era otro sino la contradicción de los Urinsayas, que prevalecían. Enojóse y reprendiéndoles con aspereza; mandó con rigor fuesen luego los indios necesarios para traerla; encargóles la brevedad, porque el día siguiente había de sacarla en procesión. ¡Cosa admirable!, pues salieron los indios casi al sol puesto, y llegaron a Tiquina cuando las primeras estrellas salían. Fue milagro manifiesto, por haber tres leguas del Inga, que de los españoles son cinco. Conocieron los indios que no debían la priesa a los pies que los llevaban, sino a las sobrenaturales alas con que iban. Aquella misma hora trataron de aderezar andas previniendo lo necesario para hacer viaje, más no se apresuraron como debieran. Trazas de Dios para reduplicar la maravilla. Una hora o dos antes del día salieran de la aldehuela de San Pedro, y llegaron a Copacabana al salir el sol. Fecundo milagro, sino es que sea mayor, pues cargados y llevando andas caminaron en dos horas cinco penosas leguas.

Al tiempo que divisaron desde un cerro su dichoso pueblo de Copacabana, hicieron alarde los que traían la imagen santa con reseñas de alegría; pregónándola con alaridos alegres, muestras de regocijo. Parecióles a algunos que la traían que a su ligereza se debía la brevedad, pero luego echaron de ver que era obra de Dios, que milagrosamente los había traído en tan corto tiempo por tan largas leguas. Concurrió la multitud del pueblo, corriendo entre los demás el dichoso entallador don Francisco Tito Yupangui. Déjese a la consideración el gozo con que iría, premio bastante de lo mucho que le costaba. Llegaron a recibir la imagen al pie del cerro, desde cuya cumbre habían dado los portapaces las voces de alegría. Pararon allí con el milagroso bulto, porque venían de tropel unos en pos de otros, y querían que con multitud de gentío entrase la soberana imagen; y es que quiso Dios que la viesan millares con la poca hermosura que le dio el entallador y conociesen la mucha que luego le había de dar Dios con celestial pincel. Allí se comenzó un alegre ruido de trompetas, un confuso festejo con voces de la multitud, correspondiendo los montes con los ecos y los cielos con la maravilla.

Salió el cura con vestidos sacerdotales hasta fuera del pueblo a recibir a la imagen santa, con el corregidor que llevaba el guión, y con él los caciques y los nobles indios que allí asistían de sangre real. Pusiéronla en otras andas que la devoción del corregidor y cura tenían prevenidas. Ordenóse procesión solemne al tamaño de su cortedad: totora en vez de juncia, y ramas ligustres en vez de olivas, oyéndose a vueltas de los bailes de regocijo, lágrimas y suspiros de devoción. Con luces, aunque pocas, salieron algunos, más dignos de alabanza que merecieron por su obsequio los que salieron a recibir al emperador Eraclio, cuando, deseadísimos del pueblo, entró en Constantinopla, saliendo al recibimiento augusto (como refiere Teófanos, y Baronio), su hijo el emperador

Constantino o Constancio, el patriarca y pueblo, llevando ramos de olivas y lámparas de luces, alabando al que entraba y llorando de gozo porque venía. Y pondérase este recibimiento, no por lo que tuvo de majestuoso, que esto era ordinario, sino por lo que tuvo de lágrimas manifestando gozo. Si en este caso tan ponderado se estimaron lágrimas de amor, al recibir a esta emperatriz de los serafines, estimaría el cielo de unos indios ver recibir a su reina con lágrimas de devoción, cultos de fe y obsequios de humildad.

Si allá Constantino, ya emperador, se arrojó a los pies de su padre Eraclio, y echándole los brazos lloraron ambos, acá, arrojándose a los pies de la Virgen tantos indios de sangre real, vertiendo lágrimas, vertería la Virgen alegrías y los espíritus celestiales gozos, mientras los infernales arrojaban dolores.

Camina la procesión; llegan a la hora dicha a Copacabana aquellos nuevos atlantes, llevando sobre sus hombros, no el globo esférico del mundo, mentira que creyeron los antiguos de sus atlantes soñados, sino la imagen de aquella que en su vientre y en las manos sustentó al que en tres dedos tiene todo el orbe; aquella que fue el cielo que encerró en su virginal claustro y dio el descansado hospedaje al mismo que la crió inmensa. Al entrar los dichosos indios con la imagen sobre sus hombros, la transfiguró Dios, o le hizo el rostro de nuevo, pues resplandeció con tan extraña belleza que se arrebató los ojos de todos, llevándoles las almas con tanta dulzura, que la mostraban en los gozos y en la reverencia. Decían admirados los que veían entonces a los que la habían visto antes, ¿cómo nos decíais que esta imagen no era hermosa, siendo tan hermosísima? Y respondían más admirados: o no es ésta la que estaba en San Pedro o ha mudádose toda.

Es aquella santa imagen desde aquel punto un asombro de la naturaleza, un pasmo de humanos ojos y un éxtasis de cualquier entendimiento; pues ninguno acaba de entender la grandeza o la maravilla que encierra en sí aquel rostro sobrenatural, porque en un cuarto de hora que la estén mirando, la vista más atenta titubea, y los más cuidados miran raras transformaciones, sino en la materia, en la forma soberana; pues cada instante ven más aventajados primores de peregrina belleza, mostrando por momentos hermosuras nuevas aquel rostro divino: cosa que experimentan cuantos la miran, y que asombra a cuantos la cuentan.

Continuábase la procesión, y quiso la Virgen no sólo mostrar parte de la hermosura que goza, sino mostrar piedades con quien la sirve. Y así, sucedió que el corregidor don Jerónimo Marañón llevaba el guión (como dejamos dicho) delante de la imagen. El guión que usan los indios en sus procesiones, no es hecho de vara corta, como los nuestros, sino larga como las banderas militares, que ellos llaman pendones. El que llevaba el corregidor, como de pueblo pobre, tenía como remate una cruz de bronce bien pesada. Esta, por no estar bien puesta, o porque así lo permitió la Virgen sacrosanta, cayó sobre la cabeza del

corregidor, y con ser tan pesada la cruz, no sólo no le hizo daño, pero pareció haber caído papel o algodón sobre la cabeza. Los que la vieron caer llegaron a ver el daño que dejaba, y no vieron ni señal en la cabeza, ni que hubiese tenidos semejas de dolor. Túvose por milagro, y fue razón que la Virgen lo hiciese, estrenándose con quien libró de olvido su retrato; título bastante para que el nombre de este caballero ni lo oscurezca el tiempo, ni las memorias le olviden. Que si allá Eneas alcanzó nombre de piadoso, no tanto por haber librado a su padre Anquises del universal incendio, como por haber hecho lugar a sus dioses Penates, llevándolos consigo y colocándolos en lugar supremo, con más justo título debe gozar encomias de la fama y alabanzas de la posteridad quien hizo lugar y dio aplausos a esta divina Señora, mostrando finezas de gratitud por estrenas de su poder, queriendo pagar con milagros de cruz muestras de amor; o por dar a entender que quien la sirve no tendrá castigos de cruz, sino efectos de piedad que en la cruz de su Hijo nos ganó. Este caso, por haber sido a vista de tantos y en día tan público, ganó la admiración; y en los indios creció grandemente el respeto, siéndoles provechosa la maravilla, pues corrió por todos la voz de que agradecida la Virgen, había hecho milagro con el corregidor que llevaba el estandarte; atribuyendo el favor a merced que la Virgen hacía por el servicio en que la había obligado. Que no esta Señora como los vicios y deidades que adora el mundo, pues al mismo tiempo que las están sirviendo, a ese, o poco después les dan ellos mismos castigos por paga y dolor por servicios. Los de Sicilia adoraban a los dioses que llamaban Palicos, y contando su cronología Macrobio, dice que, junto al río Symetro de Sicilia, había una ninfa llamada Talía, que habiendo concebido de Júpiter y temiendo los celos de Juno, deseó que la escondiese la tierra; y que habiendo sucedido así, cumplidos los nueve meses, abriéndose otra vez la tierra, salieron nacidos los infantes niños, y fueron adorados por los de Sicilia por dioses Palicos, hijos de Talía y Júpiter. A este dios le pintaban siempre con un águila, por lo cual veneraban a las águilas por aves deíficas los sicilianos, como dicen Sylla y Virgilio. Sucedió, pues, como refieren Valerio Máximo y Policiano que vivía un poeta llamado Esquilo en los muros de Sicilia, donde tenía el albergue con la pobreza de poeta en una abrigo solitario; era muy calvo (segunda desdicha después de ser poeta). Un águila levantó una tortuga, y como de ordinario usa para quebrarle concha y comer la carne derribarla sobre algún peñasco o piedra, engañóle lo liso de la calva, y dióle con la tortuga tal golpe en la cabeza, que murió Esquilo de golpe. Esto se refiere por escritores, para que con este caso se pruebe que el que más sirve y adora a deidades falsas y a deleites locos, muere a manos de lo mismo que adora, y da la vida agraviado cuando estaba sirviendo a quien se la quita. Si esto conocieron los mundanos, a sólo Dios y a su Madre estuvieran sirviendo; al mundo y a sus fingidas deidades estuvieran anatematizando.



Entró por las plazas en la iglesia a hora de Misa Mayor a dos de febrero del año de mil quinientos ochenta y tres. Colocóse esta imagen tan devota como hermosa, y más hermosa que el cielo, en el altar, que si era pobre y con poco adorno, era riquísimo por los muchos deseos; telas que estima Dios en más que los majestuosos atavíos; porque éstos suelen a veces poner los ostentativos, no para glorias del culto, sino para cascabeles de su aplauso. No se puede encarecer la devoción que aquel humilde pueblo mostró este día; que, ya que para la grandeza de la fiesta no le prestó Flandes sus ricas tapicerías, ni la China sus sedas, ellos la engrandecieron con verdaderos afectos de las almas, rindiendo por los suelos, en vez de ricas alfombras del Cairo, humildes corazones por donde la Virgen pasase y en que se detuviese. Su entrada llenó con luces de fe corazones gentiles; aumentó la devoción en los indios católicos. Asentáronse luego por cofrades todos, no siendo los postreros los Urinsayas, si fueron tan primeros en su contradicción. Inflamó los corazones de todos y confederó las voluntades de los más encontrados, siendo los festejadores los que antes fueron contumaces; confesando que la hermosura con que la vieron entrar fue la que les robó los corazones para deseársela servir. La fimbria de esta devota cofradía comenzó en Chuquisaca el piadoso obispo don Alonso Granero, imitáronle el corregidor don Jerónimo, el cura Antonio Montoro y todos los nobles y plebeyos de aquel territorio. Vinieron de Juli los devotos y religiosísimos padres de la Compañía de Jesús, siendo su rector el p. Diego de Torres Villalpando, religioso de grandes letras y de mayores virtudes. Asentáronse por cofrades, prometiendo cada año unas misas por los que lo fuesen de aquella santa imagen, que de tan cristianos pechos y de tan verdaderos celadores de la honra de Dios y culto de su Madre sagrada no se podían esperar sino semejantes afectos. Hasta hoy lleva aquella casa adelante con su ejemplo y persuasión santa la devoción de nuestra imagen bendita, siendo los pregoneros de sus maravillas y los festejadores de sus grandezas.

La entrada de esta imagen a su pueblo fue entrar un inmenso río a tener allí su caja de agua para repartirse por este nuevo mundo, siendo su entrada el remedio universal de las desdichas, el consuelo vital de los católicos. Mandaban con ley, que esta en el Código de los emperadores romanos y su jurisconsultos, que cuando se llevaba alguna nueva alegre, o avisaba el emperador o el consulado de algún suceso próspero, que pueblos, ciudades y provincias, o avisando haberse acabado las guerras; o consiguiéndose grandes victorias, o premiándose a los valerosos con insignias reales; o si entraba en los pueblos (deseosos de ver en sus países los retratos laureados de los emperadores) el sello en que iba su figura coronada de laureles; o su imagen cesárea (que siempre la llevaban los que portaban nuevas felices de sucesos prósperos), mandaban que se fuesen a la mano en el ostentoso gasto de los recibimientos y festines; bien que se hiciesen grandes, pero no demasiados; que fuesen costosos pero no excesivos. Y es que llegó a crecer tanto el amor y el aplauso que tenían y con que festejaban a las

imágenes y retratos de sus emperadores, que fue menester ley para enfrenar el exceso y atajar la demasía. Quedó en un proporcionado medio que refiere Optato. Cuando enviaban a las ciudades, provincias o regiones los retratos laureados de los emperadores triunfantes, o las imágenes en sellos figuradas, salían a recibirlas los pueblos con incensarios olorosos y con cirios encendidos. No era esta honra (añade Optato) a la tabla, sino al prototipo de la figura; no al retrato la adoración, sino al emperador en su retrato. ¡Oh Virgen de Copacabana! ¡Oh Emperatriz laureada! ¡Oh laurel (como veremos adelante) con que se coronó el emperador eterno, el César Cristo; Al entrar tu imagen sale tu pueblo con cirios, con incensarios, con festines, adorando en ese retrato su prototipo, su original en tu figura. ¡Con cuánta más razón se debe este culto a la imagen de la emperatriz de los cielos que a las imágenes de los emperadores romanos! Con esta de Copacabana entró en este nuevo mundo, en este Perú dichoso, la nueva alegre de sus prosperidades, el fin de sus guerras civiles, las victorias contra los ejércitos infernales, el premio de los penitentes vencedores, el honor de sus devotos, la tranquilidad de sus queridos y la salud de todos.

